O bien, si creyese en vos, dios de luz; seríais bueno como vuestro sol, y ni mi balbuceo ni mi plegaria os pedirían consejo y asistencia.

No tendríamos más que bendecir vuestra suprema dulzura, sin buscaros en parte alguna sino en vuestro cielo azul. Ni aun conoceríamos la blasfemia, porque el blasfemo reza confesando un Dios.

No necesitaríamos clamaros nuestras penas, ni soñar días más serenos y mejores, puesto que viviendo aquí abajo, sin dolor y sin cadenas, ignoraríamos la amargura de las lágrimas.

Pero ¿á qué bendeciros, majestuoso fantasma, si odiáis todo lo que nos es querido, y en todas partes, desde los techos de mármol á los techos de cabaña, suspira en la carne el eterno dolor?

¿A qué buscaros con ávidas miradas si sois sordo á los sollozos de los humanos, y nada desciende de vuestros vacíos cielos cuando hacia vos tendemos nuestros labios y nuestras manos?

¿De qué nos servirá levantar los velos que flotan sobre el trono en que os sentáis, y si en el radiante horror de vuestras estrellas otros pálidos mortales sollozan á vuestros pies?

Realidad estúpida ó quimera creada por el hombre impaciente de doblar sus rodillas; no merecéis que la estrofa sagrada os lleve volando su canto místico y suave.

Vuestros viles servidores han saqueado nuestra viña; el fango ha corrompido vuestra fuente bautismal sin que hayáis hecho el menor signo para dominar el mal y aliviar la pena.

He visto doblegarse el bien y triunfar el vicio, asociar el crimen al sacerdote y el guerrero; el poeta morir en un jergón de hospital, y el bardo sin genio comprar sus laureles.

He visto al tirano comprar los tribunos populares, al esclavo venerar su cadena y su mordaza, al millón robado sobre los mezquinos salarios, brillar al sol como bella mariposa.

¡Y cuando el malvado despoja al hombre justo, mientras que la virtud corre á prostituirse, tan poco uso hacéis de vuestro augusto rayo, que si existierais sería preciso mataros!

CLOVIS HUGUES

El Cristo

Hay que adorar al Cristo sin vacilación, es decir, adorar el carácter resultante del Evangelio; porque todo lo que es sublime participa de lo divino, y el Cristo evangélico es la más bella encarnación de Dios en la más hermosa de las formas, que es el hombre moral; esto es realmente el hijo de Dios y el hijo del hombre, Dios en el hombre. No se engañaban estos grandes intérpretes del cristianismo que le hicieron nacer sin padre aquí abajo y atribuyeron su generación no á un comercio natural, sino á un seno virginal y á una operación celeste. Símbolo admirable que bajo sus velos oculta la verdadera explicación del Cristo ideal. En cuanto al hombre de Galilea que los reflejos de la divinidad sustraen casi á nuestras miradas, ¿qué importa que se nos escape? Seguramente el historiador debe desear aclarar semejante problema; pero en el fondo las necesidades del hombre religioso y moral están en ello poco interesadas. Y bien, ¿qué nos importa lo que ocurrió en Palestina hace mil ochocientos años? ¿Qué nos importa que Jesús haya nacido en tal ó cual villa, que haya tenido tales ó cuales antepasados, que haya sufrido tal ó cual día de la semana sagrada? Dejemos estas cuestiones á las investigaciones de los curiosos. ¿Serían más bellos los poemas homéricos si estuviera probado que los hechos que en ellos se cantan son todos verdaderos? ¿Sería más hermoso el Evangelio si fuera cierto que en determinado punto del espacio y de la duración de un hombre, ha realizado al pie de la